

**Juan Mihovilovich**

**SUS DESNUDOS PIES SOBRE LA NIEVE**

**Editorial Mosquito Comunicaciones Colección Narrativa**

Impreso en Chile 1990

*"Al hombre no lo determina ni su conducta ni su orgullo: decide la infancia".*

*(Las Palabras- J.P. Sartre)*

*Al barrio Yugoslavo de Punta Arenas*

Tengo la costumbre de rezar si la veo retorcerse de dolor, metida en ese extraño cúmulo de colchas amarillentas, repletas de motivos arábigos que me atraen y repelen simultáneamente. Me quedo quieto observando ese sueño inconcluso, dubitativo, escuchando esos gemidos de ultratumba que parecen remecer el tiempo que tengo y que me queda, que mueven los cuadritos de marcos celestes, donde Pablito y yo estamos tomados de la mano en medio de unos manzanos inclinados, mirando con gestos de sorpresa la caída de un pájaro pequeño. Siento que las paredes se estrechan y como si un vapor azulado surgiera por las ruinosas tablas de un piso incompleto la atmósfera se va llenando de nubes y colores angustiantes, de sofocamientos y susurros invisibles que me trasladan sin quererlo hasta la calle. Veo a Pablito con su tímida mirada aterrorizada, semierguido en el marco de la puerta, como si tuviera un pie sigiloso dentro y su pie decisivo huyera escaleras abajo. Y veo a mi padre sujeto a su palidez de fantasía contemplar de reojo mal disimulado esos espasmos que remecen la cama de bronce labrado y que mueven a pausas las lámparas del velador. Laura se persigna y palpa su frente humedecida, mira el baúl cerrado donde descansan tres perritos grises de porcelana china y luego mete la mano derecha en su delantal, saca un pañuelo de seda bordado con petunias y se limpia sin prisa la nariz. Vislumbro que el espacio se enangosta y la habitación se va transformando en un pasillo alargado e interminable cuyo fondo oscuro y confuso simula un llamado que percibo. Salgo hacia el pasillo, acongojado, con las venas del cuello inflamadas y un palpito desusado en mi sien izquierda. Avanzo por ese canal de paredes difusas donde flores de papel se extienden como si sufrieran en su perpetua infinitud. Avanzo trémulo, precedido de un raro presentimiento que me

escarba insatisfecho bajo el pecho dolorido. Intuyo que la habitación se ha disuelto y mi paso cercena veloz un tiempo incontrolable. Salgo extenuado por calle Sarmiento. Ubico el poste de alumbrado cotidiano que todavía ilumina al viejo perro blanco dormitando entre la nieve y comienzo a tantear la oscuridad final de un día que empieza, asfixiado por sombras que persiguen. Subo Sarmiento como si aleteara, como si ese viento persistente me arrinconara en la intemperie de este día fatal y repetido. Corro hasta la iglesia Don Bosco. Atravieso bocacalles que no percibo. Me lleno de lágrimas que la brisa vanamente intenta diluir y al internarme en ese sitio vacío, desolado y rutinario, me quedo paralizado a un costado de la entrada principal. Toco suavemente la pila de agua bendita y me persigno elevando mis ojos hacia un techo cóncavo lleno de angelitos y figuras infantiles. Sumido en una contemplación que me arrastra al borde de lo que estoy siendo y no comprendo, arrisco la nariz, cuento los íconos laterales y asumo la postura del que se arrepiente sin causa, como si alguien pudiera observarme escondido en algún confesionario. La nave parece un lugar de exterminio donde languidecen pétreas figuras de arcángeles seductores y desnudos infantes recorren el cielo raso portando guirnaldas de colores, tomados férreamente de las manos, saltando charcos imaginarios, volando entre nubes violetas y rosadas. Estoy inmerso en la soledad y el silencio de ese mundo que abordo periódicamente, ensimismado por un empujón de ayuda consabido que emerge cada cierto lapso en el oscuro cuarto de mi casa. Ahora aquí, parado como estatua inocente, destituido transitoriamente de su lugar originario, le pido a un Dios omnipotente que ella vuelva de su odisea dolorosa, que recobre su calculada sonrisa, que reabra sus párpados arrugados, que deambule cada mañana atizando las brasas de la

estufa y cuelgue de nuevo la ropa en los cordeles. Que despierte suavemente mientras yo contemplo esos brazos extendidos y me devuelves tu mirada imperturbable, tu escrutar fijo y repetido que parece desnudar mis dudas y desconciertos.

*-Porque Jesús es enorme, enorme y bondadoso, como todas las cosas sagradas que llenan de amor estas paredes, que refulgen de luces multicolores por esos vitrales repetidos que maravillan el suelo y las columnas. Que ella no muera y que reviva, que sea capaz de erguirse a mi regreso y esté zurciendo mis calcetines, dorándome el pan, preparando de nuevo mis cuadernos de caligrafía. Yo tengo miedo que la espera se traduzca en muerte, y qué es la muerte sino quedarnos solos, extraviados fuera de nosotros, adormecidos como extraños si no somos capaces de vivir sin ella.*

Estoy esperando que esta iglesia no se esfume de repente, presiento que espías invisibles auscultan mis pasos midiendo a cada momento mis vacilaciones. Simulo saber que estoy sereno y vuelvo a persignarme. Alguien que no descubro repasa mis palabras interiores. Un deseo de bocas que canten, de sonidos armónicos que seduzcan, de palabras dulcificantes que enternezcan, un deseo de que toda la felicidad del mundo atravesase mis pensamientos y que ella recuerde su nombre al despertar, que olvide sus pesadillas y sumerja su dolor, y que sus ahogos arranquen como un polizonte avergonzado por los huecos más evidentes de las ventanas de su dormitorio.

*-Te estoy pidiendo que no nos abandones. Sé que tras tus ojos de yeso blancuzco, tras esa desnudez intermitente, postrado ante la vida como si te hubieras lanzado contra un muro por tu propia voluntad, tras tus brazos intentando el estrechamiento que no podrá darse, tras de ti mismo al fin, todo lo que pueda decirte está descubierto antes de que en mi sean palabras. Presiento que sabes mi necesidad de ruego, que te avisaron cuando venía corriendo por la calle y agudos temblores me perseguían. Algo indescifrable está inscrito en tus párpados siempre abiertos, eternamente distendidos y nada de lo que yo pueda decir es novedoso. Pero, recurro a tu bondad, recurro otra vez a tu misericordia, que tú bien sabes qué ocurre con la vida del que muere, de ella que agoniza postrada en su miseria, en un suicidio de cuerpo y pensamiento.*

Me quedo mirando la penumbra matinal arrodillado en esta banca inicial que siempre espera mi llegada como si tuviera un sitio predispuesto, un espacio tibio y acechante. Una mezcla de mágica soledad y atracción inevitable me postran ante ti y éste lugar se agiganta después de cada razonamiento. Porque, allá lejos, cayendo al abismo de su propia tortura la veo aún metida en sus frazadas, doblegándose ante la inexistencia, girando las pupilas como veletas sin ventisca, erizados sus cabellos, tiritando sus dedos enflaquecidos y estrangulándose el cuello ante un sofocamiento exterior insoslayable. Sé que mis palabras llegarán a ese cielo que no percibo. En las altas capas de este mausoleo cristiano, con una diáfana tristeza, ese majestuoso ser que me contempla hará que mis ruegos se expandan por todos los rincones y se arrastren por los recovecos y salgan por las rendijas para atravesar todo el espacio que resta hasta mi casa. Y

antes que pueda preguntarle te veo bajar desde esa cruz inmóvil pasando por mi lado como si no fuera posible sonreírme. Lo veo deslizarse centímetros sobre el suelo y al abrir la boca para interrogar lo he visto desaparecer por la puerta principal y bajar por Sarmiento hacia la playa. Yo dudo ser descubierto y lo sigo como si las cosas tuvieran remedio y al insinuar volverse para contemplarme, toco un cerco con los dedos, miro una arboleda y azuzo unos zorzales demasiado quietos en un pino.

Al descorrer el pestillo del portón y observar de nuevo unos rosales desgajados y unos arbustos decaídos cuyo nombre nunca nadie conoció veo a mi padre regarlos con una paciencia de anciano que no tiene. Las gallinas cacarean vivamente, el perro salta a mis rodillas lengüeteando sin pausa mis dedos y mis pantalones y yo ingreso esperanzado por la entornada puerta del patio trasero. Laura garabatea unas hojas de arrugada cartulina. Me guiña picaresca forzando una sonrisa que comprendo. Pablito se arroja por la baranda de la escalera como si buscara aferrarse a un espacio inaprensible. Cuando la veo erguida en el centro de su dormitorio, cosiendo la falda celeste de la misma muñeca resquebrajada y me mira inquisitiva pretendo devolver el gesto con una pregunta, pero algo en sus ojos me detiene, al tiempo que una equívoca sonrisa me llama acariciándome, una sonrisa misteriosa que alguna vez tendré que comprender. Mientras tanto seguiré  
viéndola  
acurrucada



en su diván perpetuo haciendo oscilar con sus dedos la antigua cadenita de plata y esa moneda brillante que arroja destellos contra el techo como si midiera el tiempo en su vaivén interminable.

Esa maldita costumbre de mirarse a los ojos fijamente en el espejo trizado del ropero, de estar girando por momentos y escudriñarse con premura desusada como si estableciera pausas precisas y entre cada pestañeo descubriera un desconocido ángulo del rostro. Sigilosamente entreabro la puerta y con el corazón en la mano, trémulo de palpitations, contengo a duras penas la respiración. Para que no se evidencie mi presencia clandestina hace un tiempo opté por hacer un pequeño agujero en la pared y atisbo frecuentemente sus movimientos alargados, esa rara manera de colocarse la antigua peluca de la abuela y espolvorearla con harinilla celeste que después esparce por el aire con bruscos sacudones del cuello. He descubierto su manía persistente de lanzar papelitos picados por la ventana cuando el viento nocturno remece las paredes y da la impresión que vestíbulos, chimeneas, techos y portezuelas volarán sin aviso previo para caer con delicada lentitud en las aguas del Estrecho. Está anotando en un archivo granate interminables signos alambicados, delineando dibujos de dudosos matices que coloca frente al espejo desgajado. Figuras invertidas exhiben indicativos paisajes naturales donde geométricos árboles simulan una danza desconocida como si estuvieran tomados de sus ramas. No sé qué significa esa simbología increíble ni puedo entender porqué juega con esa marioneta de cartón piedra e imita sus gestos fantásticos retocando sus mejillas regordetas y coloradas con una esponja impregnada en yodo: le susurra y le canta, le dice que pronto sanará y podrá caminar por las calles como una persona normal, que lavará la loza en la cocina y dará de comer a los pollitos en el patio. Luego vuelve la cara sonriente y el espejo reproduce sus contorneos inarmónicos, sus arrugas de extrañeza en la frente, sus silbidos silenciosos al estirar los labios con desdén. No puedo controlar una

tos ahogada, entonces ella paraliza sus movimientos por un segundo imperceptible. Abre el baúl de madera barnizada y simula hurgar entre pantalones y blusas deshiladas, extrae corbatas de tonalidades chillonas, fajas para el abdomen, camisas con flores tropicales y palmeras demasiado rectas, bufandas despedazadas que nadie ha usado jamás, humitas de alguna primera comunión que no he visto, pañoletas de seda descoloridas, botas arrugadas y zapatos constreñidos por hilos y cordones. Extrae un álbum con motivos japoneses en las tapas y me parece ver una diminuta gondolita deslizarse con una geisha apretada en su kimono por una línea fugaz que simula un río inmóvil. Hojea

páginas vacías y sonrío tristemente. Creo que es el momento justo para que yo ingrese como si nada estuviera aconteciendo. Silbo con desatención infantil y abro la ventana del dormitorio para contemplar el paisaje como si presagiara un despertar imprevisto de mi conciencia. Me cuenta la historia de niños inquietos que recorren los basurales bajo nubes oscuras y amenazantes que pronto traerán una lluvia inminente. Ella cierra el baúl, pasa un paño por la cómoda cristalizada, instala la virgen de yeso sobre un pedestal rodeada de secas hojas de eucaliptos, le limpia la túnica descascarada y enciende la radio de la abuela. Para que no sospeche mi vacilación me acodo en la ventana, aspiro el aire helado y tarareo una melodía desconocida. Me parece ver bajo la lluvia que comienza una sucesión interminable de niños desarraigados que saltan entre las sombras y dejan estelas de luces a medida que avanzan hacia el Estrecho como si fueran atrapados por un abismo horizontal. Ella sigue satisfaciendo su motricidad sacudiendo un polvo que no existe, agitando un plumero como un bastón que ahuyenta espíritus agolpados en los rincones, cambiando de ubicación los dos floreros encima de los veladores, abriendo y cerrando la tapita de la caja musical donde una bailarina inclinada simula aferrarse a una pared de cristales oceánicos. Pienso que luego llegará el invierno con su blancura de pesadilla y ella saldrá en las madrugadas al patio de la casa y caminará a pie desnudo sobre la nieve recién

caída. La espiaremos con Pablito desde nuestro dormitorio y volverá a ser increíble que la oscuridad no provoque ninguna alteración en sus facciones. Y mientras me parece ver en la penumbra del Estrecho una bandada de pájaros blanquinegros que vuelan sosegadamente hacia el sur y multitudes de niños corren en opuesta dirección, vuelvo a pensar que estaremos con el rostro pegado a los vidrios el primer día de invierno.

Nos miraremos asustados con Pablito sin saber si cerrar o no las cortinas.

Pablito quiere que juguemos en la esquina de la casa. Le gustan sobremanera las persecuciones inalcanzables para luego detenerse jadeando y arrodillarse junto a unos montículos de arena que nos esperan desde el día anterior. Empezamos a removerlos con palitas de madera y colocamos tarros y tablones simulando puentes y edificios, ramitas de ciruelo que evocan extensas avenidas y trozos de cartón cuidadosamente seleccionados que nos sirven de empedrado. Cuando ese pequeño mundo de ficción está armado y Pablito inicia su lenta destrucción con uno de sus dedos meñiques, levanto los ojos y veo gruesas columnas de humo gris emergiendo de la antigua construcción de ladrillos, media cuadra abajo, y donde acostumbramos a escondernos en sus piezas deshabitadas, gritando a todo pulmón que esa casa se está cayendo, que se caerá pronto y aplastará a todos los que pasan veloces y nos olvidan.

-Mira el humo- le digo a mi hermano que contesta displicente con un dedo indicativo sin dejar de echar paladas de tierra en una cajita de madera.

-Dentro de poco los ladrillos de esa casa, las paredes, los marcos de las ventanas, el palomar que se asoma por el techo y sus puertas amarillas, se irán al suelo- me dice, luego de un silencio prolongado sonriendo torvamente y terminando por saltar encima de edificios, avenidas, puentes y automóviles dejando un pequeño campo de exterminio y destrucción. Antes de poder contestar la calle se llena de gente que corre en todas direcciones y una sirena conocida remece el mediodía con su sonido desgarrador. Pablito vuelve a enfrascarse en la arena, la remueve, lanza puñados al cielo, llena sus manos con esa infinidad de granitos brillantes que suelen deslumbrarlo al contemplarlos contra el sol. Hombres y mujeres de todas las casas

conocidas asoman sus cabezas a los patios, descorren idénticos pestillos de similares portones de madera para quedar embebidos por esas largas columnas de humo que suben interminables hasta un espacio imprevistamente azul y despejado. Escuchamos gritos destemplados. Un perro lanudo sale por una ventana encendida y corre calle arriba derribando a un anciano que caminaba a dolorosos intervalos. De pronto piernas y brazos que avanzan y retroceden, que giran y que vuelven, que se detienen y avanzan en todas direcciones.

-Es el fuego- me dice Pablito sonriendo divertido.

-Es fuego- repite como si hablara consigo mismo y yo procuro entender que algo indefinible surge entre nosotros a partir de ese momento, sobre todo ahora que una bola de fuego amarillenta zigzaguea por la calle

agitando formas humanas y punzantes alaridos remecen de dolor el aire y repletan todos los oídos al pasar sin rumbo buscando la muerte.

-Es Natalio que no alcanzó a despertar- asegura Pablito.

-Natalio que descansará en paz, al fin en paz- agrega como si nada tuviera importancia. Luego regresa el silencio como algo necesario y la calle recupera su apariencia solitaria.

-Vamos Pablito- le digo, y nos internamos entre los restos de materias esparcidas por el suelo, escombros todavía humeantes y vaporosos que nos recuerdan aquellas lagunitas pestilentes cercanas al matadero que en verano sirven de encuentro a mosquitos y zancudos. Removemos la superficie con un palo, pateamos apresurados brasas y objetos irreconocibles hasta ver una cajita de vidrio, pequeña y resplandeciente, que guarda en su interior una diminuta bailarina de ballet. La tomo entre mis manos y comienzo a limpiarla con la bastilla de mi pantalón.

-Es como una muñeca- dice Pablito.

-Como una muñeca que está esperando algo- le contesto. Y antes que pudiéramos preguntarnos abro la tapita de pétalos informes y nos parece que ella, dulce y hermosa, semejante a un hada victoriosa crece poseída por una rara e interna decisión que no podríamos entender por mucho tiempo. Y al crecer nos dejó pequeñitos en nuestro abrazo y acariciándonos suavemente los cabellos nos sonrió con una ternura que jamás volveríamos a ver en otro rostro. Y al sonreír comienza a danzar sobre los escombros y maderos. Salta de un extremo a otro y toda aquella mortandad material recobra la vida perdida. Danza con una agilidad sobrenatural que inmoviliza nuestros pensamientos. Creemos que en cualquier momento pasaremos a una dimensión desconocida y nos haremos tan insignificantes que seremos



absorbidos por una nube de colores succionantes como si nunca hubiéramos existido. Queremos seguirla en esa danza sin tregua ni descanso por entre tablas y ladrillos amontonados, internarnos por esa música inaudita que modulamos nosotros. Algo intangible nos llena de una emoción indescriptible y ya a punto de llorar nos buscamos las manos con Pablito para apretarnos los dedos con firmeza como si de pronto fuéramos a volar. Sentíamos que nos enviaba los besos más sublimes que hayamos recibido, pero que en cualquier momento se haría diminuta regresando a su caja solitaria. Entonces la vemos reducirse abruptamente sin que podamos alcanzar a consolarnos. Y sin saber por qué vislumbramos el camino de la desolación más grande y decisiva, pero aún tenemos el ánimo suficiente para mirarnos temblando a los ojos y sonreírnos. Después tomamos la cajita de cristal, volvemos a limpiarla con exagerado cuidado y la llevamos bajo el brazo a acomodarla en algún rincón de nuestro dormitorio. Desde la esquina Pablito me dice cómo un ruido silencioso se anticipa a la caída definitiva de la vieja casa de ladrillos.

A veces estamos tristes y no entendemos por qué nieva tantos días y noches seguidas. Salimos de nuestra posición habitual y nos vamos a empellones a la pieza de juguetes. Ahí está Angelita esperándonos en su rincón permanente, inmóvil en su quietud misteriosa más semejante al sueño que a la vida que tenemos nos hace sonreír.

-Mira Pablito: Angelita nos sonríe como el día del incendio- le digo a mi hermano encaramado en su silla de madera y que alternadamente nos observa con incredulidad, porque no ha podido acostumbrarse a esa mezcla de realidad y fantasía. Angelita nos contempla diurna en su modulación de sonidos celestiales o nocturna en su resplandor de luces increíbles, mientras aguardamos alguna sorpresa deslumbrante. No puedo dejar de asomar éste mundo inseguro a su magia de opereta cristalina, a esas danzas portentosas que orillan las paredes y pueden adherirse al techo como si tuviera alas en los pies.

Pablito se ha predispuesto a contar las veces que Angelita salta sobre el suelo y si nuestra observación comienza a cansarlo cuenta los pasos de Angelita, sus pestañeos, la manera en que suele arriscar la nariz delgada y pecosa, sus mohines candorosos, la forma en que se toma el borde del vestido y hasta cuántas veces en un día yergue los brazos hacia el cielo. Pienso que Pablito está incorporando a su existencia como necesidad vital su manía de contar, porque luego de Angelita, ha iniciado la numeración de las gotas de lluvia en los cristales, los pliegues de las blusas de Laura, los pétalos del rosal en el patio, las hojas caídas del ciruelo el último otoño, y lo veo acercarse a contar cada mañana las nuevas canas en la cabeza de mi padre. Lo tomo de las manos para llevarlo al galpón y decirle que contar no

es tan importante como vivir, pero Pablito me enfrenta con decisión y cuenta las zanahorias y rabanitos gigantes que el abuelo ha dejado en el mesón y coloca a cada objeto los pocos números que su imaginación va repitiendo hasta la saciedad. Vislumbro que nosotros seremos sólo números en su futuro cercano y que terminará encasillándonos a todos en su monótono juego. Pero, Pablito me dice que se cansa cuando el viento provoca en su ánimo efectos impensados. Y como si hubiera presagiado la llegada de una ventisca desafortunada, agudos silbidos de temporal empiezan a penetrar por los huecos del galpón y sentimos cómo los viejos árboles de la vereda van siendo azotados y las paredes se remecen inmisericordes mientras Pablito tiembla apoyado nuevamente en el rincón de Angelita. Lo he seguido por el patio reiterándole que no tenga miedo *que el viento es como el agua Pablito, que pasa por entre los dedos sin huellas aparentes*. Pablito se estremece y deduzco que su nerviosismo lo llevará a golpear como la semana anterior los vidrios y las ventanas -estas ventanas que se nos vienen encima desde el patio de luz- y una ventolera implacable lo está sacando de la habitación y cruelmente se lo lleva

calle abajo hacia el Estrecho. Llamo a mi padre con desesperación y salimos aferrados a los cercos, arrojados repetidamente contra el suelo humedecido y al pensar que la angustia es la inevitable llegada de nuestra impotencia alcanzamos a agarrarlo de los tobillos, justo en el momento que Pablito rodea con los brazos el tronco de un pino cerca de los basurales y cuenta cómo se van al mar las cajas de cartón y las rumas de papeles y tablitas de cajones de manzanas. Lo tomamos con delicadeza y regresamos como si nos tiraran de una cuerda. Al entrar a la cocina Pablito me dice al oído que lo del viento suele ocurrir cada vez que cuenta por más de tres días seguidos. Le digo que en adelante deberá olvidarse de establecer cronologías sin sentido, porque un día de estos terminaremos todos postrados frente a las aguas del Estrecho sin causa entendible que lo justifique. Pablito me mira con tristeza y antes que pueda continuar vuelve al rincón de Angelita y entona una canción desconocida que tarareará por varios años.

La misma canción que esta tarde crepuscular estoy oyendo en boca de mi padre cuando cepilla en el galpón largas tablas de machimbre que amontona sin apuro en un extremo del banco carpintero. La misma canción que alude a la maldita soledad y que bruscamente me detiene a la entrada de la puerta como si estuviera al borde de un descubrimiento. Alcanzo a ver su perfil engañoso, sus años todavía jóvenes que delinean un par de labios resacos sosteniendo el

endeble cigarrillo mientras sigue modulando maldiciones sobre esa soledad que lo persigue siempre, que lo tiene atrapado junto a mi abuelo que pasa cada tarde a tocarnos el cabello con sus espaldas encorvadas de cortar tantos vegetales, de apilar tantos maderos, de aserrar tantos palos inservibles. Le oigo decir que sus propios años se le vienen encima sin ningún miramiento como si alguien se los estuviera arrojando con un balde y que más temprano que tarde se verá envuelto en el viejo torbellino de la vida, desconcertado y deambulando como un porfiado habitante de la desesperanza. Así, ambos asesinan su propia historia y destruyen lo mejor de sus procedencias. Y creo que ignoran las ilusiones como si la existencia se obstinara demasiado con los mismos seres en una sucesión persistente y cansadora. Siento que se pregunta por qué disfraza su alegría si tiene también derecho a la tristeza desenmascarada. Y comienzo a desanudar a través de sus palabras esa amargura inicial que a repetidos intervalos suele acosarnos cuando subimos una muralla, corremos alrededor de la manzana o buscamos huevos de paloma en lo alto de la antigua chancadora de ripio. Es preferible huir de ese galpón involuntario. Un secreto que podré manejar en el futuro para mi verdadero descubrimiento ha nacido en este instante. Y debo huir del encuentro de esa verdadera identidad, la que entre ambos se evidencia como un secreto particular y unilateral y que yo debo guardar por el resto de mis días.

*-Debo huir contigo Pablito, tomarte de la mano y correr juntos a la playa como si allá hubiera comenzado nuestra búsqueda. Debemos jadear y sonreírnos cada vez que el cansancio pretenda detenernos. Y cuando parezcamos derrotados debemos escondernos en esas casas a medio*

*construir, deambular por sus piezas deshabitadas como si tras cada puerta inmaterial pudiéramos reaparecer también a medias. Corramos Pablito porque ni siquiera esa lluvia intermitente ni este viento que destroza techos colorados y se lleva algunos de nuestros mejores pensamientos, pueden lograr alejarnos para siempre. Detengámonos en alguna buhardilla descascarada si la voz de nuestro padre parece el sonido inaudible de algún sueño perdido y entonces miremos el perpetuo movimiento de las aguas del Estrecho como si nunca las hubiéramos visto.*

Yo quiero olvidarme de los días oscuros en que mi madre sale a caminar sin premura bajo la nieve, quiero olvidarme de esas rodillas que se yerguen de la humedad y luego pasan por puertas que debemos imaginar. Quiero dejar en un desván olvidado esos insomnios que a fuerza de repeticiones invernales me ha hecho enflaquecer demasiado y confundir las estaciones y las hojas de los calendarios. Lo único que deseo es que vuelvan cuánto antes esos veranos efímeros que traen la envoltura de un sol apenas tibio, pero suficiente para desligarnos por un tiempo de las pesadillas. Porque cuando llegan los días estivales podemos extraer hasta el horario que se nos escapa y hacer de un par de meses la sucesión inagotable de acontecimientos que nos permitan a Pablito, a mí y a los demás estar realmente despiertos. Porque si enero nos sacude repentinamente constatamos de inmediato que el amanecer está presente en nuestros pensamientos al introducirnos en las sábanas nocturnas y que las pocas horas que nos separan del nuevo día se llenan de un sueño inquieto donde a menudo surgen castillos de arena, lagunitas multicolores, peces en acuarios naturales y doncellas que paladean naranjas a orillas de la playa. Entonces podemos trasladarnos, como en un dormitar colectivo, al sueño de los demás y escudriñar realidades ignoradas, pero paradójicamente comunes. Presentíamos que las cosas ocurridas iban siendo fotografiadas en la conciencia de alguno y rara vez la imagen tiene fisonomía exacta, aunque las similitudes sean evidentes. Al salir el sol, tímido en su parquedad, inaugura nuestro perezoso despertar y damos dos o tres vueltas sobre nosotros mismos para terminar encendiendo de madrugada las estufas e insinuar a tientas nuestra somnolencia. La calle comienza a abrirse silenciosa y solitaria. Escucho que un perro ladra rutinario en una esquina anunciando

que lo diáfano y transparente viene desde el mar simulando rítmicos movimientos en el aire. Después topamos los cercos con los hombros y arrojamos piedrecitas en la espalda mientras bajamos expectantes al



Estrecho siempre extendido, con una quietud de lejanía sobre el horizonte. Como cada verano, nos parece una inmensa laguna humedecida en que las olas arrastran la pesadumbre de una gran inmovilidad. A esta hora la marea ha bajado dejando grandes extensiones de arena descubierta y cientos de gaviotas picotean el suelo y sobrevuelan a ras de piso. Nuestra primera detención obligatoria es este basural irreverente que asumimos con un acto solemne y unitario. Antes de nosotros apariencias encorvadas remueven los desperdicios con un brillo de ansiedad en sus ojos apagados. Vemos mujeres que todos los años reinician nuestro reconocimiento y que hemos aprendido a descubrir a fuerza de costumbre y lánguidas repeticiones, y constatamos a otros niños que van creciendo detrás de nosotros mientras hurguetean silenciosos embebidos en su actitud obligatoria. Podemos exclamar de nuevo ante un hallazgo valioso o una decepción prematura e indicamos con el dedo la llegada de otros camiones que arrojan como regalos navideños decenas de cajas de cartón, tarros que presagian inquietos sonidos interiores, cajones de madera rescatable, restos de géneros descoloridos, deformes jaulas de pájaros que han huido del encierro, marcos de cuadros con restos de fotografías amarillas y pedazos de juegos enlozados donde asoma su resplandor impensado algún plato incólume. A veces emerge como lámpara mágica de algún cuento recordado un tubo fluorescente o una voluminosa

ampolleta de mercurio que despedazamos a cierta distancia con certeros pedrazos. Entonces gritamos y reímos alborozados y nuestras palabras resuenan como ecos metálicos que sobrepasan esos alados graznidos que van llenando de ruido ese espacio desolado. Hemos de llegar hasta la orilla como si recibiéramos un mandato superior y estuviéramos impulsados por una voluntad remota. Vemos que las gaviotas danzan en el cielo y que sus vuelos rasantes, sus ascensos inverosímiles delinean rastros en el aire, zigzagueantes espirales que van aumentando en nosotros incipientes ansiedades. Yo quiero olvidarme de mis espaldas, de lo que ha ocurrido ese invierno asfixiante y trato de acertar como todos con esas piedras que se van multiplicando. Vemos que las aves caen en giros desgarradores y se precipitan como pedazos de trapos lanzados al vacío. Nos parece que podemos meternos en ellas y ver en la caída cómo la tierra se traduce en un remolino incongruente que impide pensar. Una sensación de angustia nos enerva y cada uno asume una persecución diabólica sin finalidades aparentes. Luego el cielo se oscurece, asoma una lluvia pálida y unas exiguas ráfagas de viento intentan despertarnos al recoger decenas de gaviotas moribundas que metemos en sacos harineros para llevarlas en lúgubre procesión a enterrarlas a un costado de los basurales. Y a pesar de no elucubrar todavía sobre la fugacidad de la existencia algo que no podemos manejar nos otorga señuelos evidentes

a través de esos despojos materiales que comenzamos a acumular cada verano y que, lentamente, se van desvaneciendo entre la putrefacción y nuestras sorpresas controladas cada vez que volvemos a remover la superficie.

Sin embargo, nuestro destino sería casi siempre similar y un escape momentáneo, por eso creía entender qué le ocurría a menudo a mi hermana: sus pasos del sufrimiento a la felicidad en lapsos tan exigüos. La veo sonriendo junto a la ventana del dormitorio señalándome con el mentón cómo la parte alta de la ciudad se empieza a tornar plomiza para ir adquiriendo después albas tonalidades que presagian la inminente llegada de la nieve. La espera de la primera nevazón del año constituye para ella una necesidad casi biológica y puede estar días enteros expectante, porque más de una vez ha asegurado que lo primero que se descubre es lo más importante en la vida de una mujer. Yo intento comprenderla y creo haberlo logrado después de mucho tiempo, al menos en lo que a su vida personal respecta, aunque nunca estuviera seguro a plenitud del por qué persistía obcecadamente en su contemplación como si toda su existencia se concentrara en una espera interminable. Creo que más allá de su habitual confinamiento, la presencia irreconocible del futuro depararía a mi hermana sorpresivos desenlaces. Por eso éste mes de mayo emergente, pulcro y nítido en el calendario, me evidenciaba claramente que ella había sacado la hoja del mes pasado. Y por lo mismo Laura deambula con medida anticipación alrededor del antiquísimo reloj de arena que mi abuela dejara como obsequio familiar en el velador de mi padre y que tiene la particularidad de medir, no las horas, sino el día entero. Recuerdo que desde el último día de abril, desde tempranas horas, Laura silbaba a ratos una melodía que no pude precisar. Sacudió aquella vez los manteles aunque fuera innecesario y constaté una vez más que su exagerada afición por ellos estaba en contemplar curiosamente su blancura inmaculada. Vi que los

extendía sobre la cama, encima del closet, arriba del peinador, los colgaba en la percha de su dormitorio y cuando entré sorprendentemente llegué a retroceder ante tanta blancura desparramada. Ella sonrió displicente y me preguntó por un horario adivinado. No fue preciso que contestara porque de inmediato me habló de su blanco delantal, de las blancas paredes del hospital regional que yo solía palpar con la yema de los dedos al ir a buscar frutillas al cerro; me habló de las palomas blancas y de los blancos árboles bajo la nieve hasta darme la impresión de que todo su cuerpo se iba reduciendo a un misterioso y atrayente puntito blanco. Así como Pablito coincidía su conteo con la aparición de esas ráfagas de viento sofocante Laura precisaba con escaso margen de error el momento

justo de los primeros copos de nieve sobre el gallinero del patio. Antes que Pablito y yo procediéramos al rosario nocturno obligados por mi madre Laura golpeó débilmente la pared de nuestro dormitorio.

-Si no se apuran verán la nieve de golpe encima de los techos.-

Nos vestimos en penumbras y a tientas llegamos a su ventanal. Desde ese segundo piso imaginamos las calles vacías llevando un envoltorio de papel con rumbo conocido. Las luces opacas se me figuraron recuerdos espectrales como si aún tuviera registrada en la memoria una cavidad oscura y tibia donde la quietud y paz eran una constante. Laura descorrió parsimoniosamente las cortinas en un gesto que a Pablito y a mi nos pareció exagerado y teatral. No obstante, era maravilloso seguir el movimiento de su brazo derecho flexionado como si asistiéramos a una función primigenia, absolutamente virginal para el mundo. Ante nuestros ojos agrandados por esa soledad el mismo envoltorio del año anterior no termina aún de desaparecer en un extremo de la ventana y me pregunté si era real o apenas un acto reflejo de conciencias anteriores. Laura nos indicó con un mohín imperceptible la oxidada reja del gallinero. Por un hueco del galpón se asomó la roja cresta del gallo de la casa. Aleteó un par de segundos y saltó hasta el techo donde quedó inmóvil observando hacia los cerros. El cielo se apretó de blancas nubes y cuando Laura sonrió con tristeza los copos de nieve bajaron dulcemente intercalando de puntitos

albos, el paisaje. A intervalos concienzudos la contemplaba por el rabillo de ojo y percibí su rostro alejado de la vida, más allá incluso de nosotros. Le acarició el cabello a Pablito dejándolo dormido en el marco de la ventana. Supe que Laura no conciliaría el sueño y estaba seguro que durante la mañana, apenas el griterío del barrio se enfrascara en los monos de nieve, nadie se percataría que Laura los miraba fijamente desde la ventana. Y menos aún que el gallo de la casa se sacudía la nieve acumulada y bajaba volando hasta el gallinero. Y supe también que durante las próximas noches mi madre surgiría por la puerta del patio y con los pies desnudos caminaría lentamente sobre ese manto blanco dibujando las primeras huellas humanas en cada amanecer.

Desde que la vi sumergida hasta la cintura en medio de la nieve y supuse que amanecería congelada o languidecería en su cama de bronce con agudos escalofríos no pude conciliar tranquilo el sueño. Desperté con el cuerpo pesado como si me hubieran colocado un pedazo de hormigón en el estómago, la fiebre me aletargaba al grado de no poder medir las distancias y las piernas se me doblaban cada dos o tres metros. No tenía claro qué significaba estar empachado, pero mi madre me dijo que si no mejoraba con ventosas en la espalda y papitas recortadas en la frente por la tarde me llevaría donde doña Lucrecia. Taciturno y dudoso incluso de mi propia materialidad me daba la impresión de que los huesos salían por los costados y empezaban a extenderse blandamente encima de una mesa irreconocible. Estaba donde doña Lucrecia casi desmayado y con un sabor acre entre los labios procurando la modulación de una frase que resultaba un suplicio interminable. El techo de la pieza bajaba hasta mis ojos con su presión asfixiante como si fuera a aplastarme irremediablemente. Yo cerraba los párpados con angustia y pasaban veloces



fotografías inclinadas colgando de las paredes, figuras de pájaros dibujados con trazos infantiles en un espejo ovalado que insinuaba el patético rostro de doña Lucrecia como si se alargara en la infinidad de un espacio indescifrable. Después abría los ojos muy despacio y era extraño mirarme desde el techo, adherido a un lugar diferente como si luchara denodadamente contra esa gravitación inevitable que me arrojaría entre mis propios brazos. Desde esa posición absurda y azarosa concluía que no era yo el reflejado en el espejo de mi dormitorio. Transpiraba copiosamente y sentía mis quejidos como un ruego doloroso e inacabable. Mis mejillas no tenían la tersa simetría que imaginé por años. El cabello era increíblemente más oscuro y mi nariz se repletaba de puntitos oscuros que jamás visualicé. Lo que más asombro me causaba era esa expresión angustiosa alejada incluso de ese estado transitorio, porque casi a punto de caer sobre mí tuve la impresión que me estaba desnudando y entraba como un pez en un pozo profundo cruzado de intrincados laberintos. Si ese era yo no lo sabía con exactitud, pero tampoco podía ignorar esa apariencia imprevista que descubría desde lo alto. En ese estado la realidad se me antojaba un juego inverosímil, una especie de caleidoscopio fulgurante donde todo es posible y la imaginación difícilmente podría encontrar un ángulo de confluencia. Y ello me parece el ingreso a elementos desconocidos como si de pronto alguien me insinuara la posibilidad de volar sin desearlo, de encontrarme sin quererlo. Pero, lo curioso estriba en que se trata de un vuelo estático, de un encuentro inamovible, establecido sólo en la afiebrada presencia de mi cuerpo sobre esa mesa helada. Puedo ver cómo llegan hasta allí duendecitos amistosos que suelen tirarme de los pies en la cama de mi dormitorio, que se abalanzan sobre mí en las mañanas de ocio dominical. Pero, antes no ha-

bía constatado sus presencias físicas. A menudo entablaba curiosas conversaciones con ellos metidos bajo las frazadas como si temieran alguna delación. En cambio, ahora los divisaba claramente y sentía que esas pequeñas manitos amarillas me friccionaban cuidadosamente el cuello y calculaban mi temperatura poniendo sus palmas en la frente. Cuchicheaban alarmados indicándome el estómago y mi garganta. Yo no podía saber qué pasaba en realidad, pero de pronto miles de vueltas incontrolables me extraían de una dimensión desconocida y volvía a despertar en esa cama helada y transparente. Doña Lucrecia me guiñaba un ojo en señal de complicidad inentendible mientras me pasaba por la cabeza un paño mojado para refrescarme. Yo dudaba de mi existencia, incluso temía que me levantaran como si el suelo hubiera desaparecido. Imaginaba que al bajar de la mesa caería a un abismo sin fondo y mi suplicio eterno sería no dormir jamás en la caída. Pensé que no podría subir al viejo entarimado de la chancadora de ripio ni podría hurgar entre los nidos de

palomas ni gorriones, que no rezaría durante noviembre el mes de María ni podrá admirar las guirnaldas violetas sostenidas por docenas de ángeles en los techos de la iglesia Don Bosco. Mi madre tendría que sanar por su propia voluntad y yo ingresaría sin aviso a ocupar el lugar de los gusanos en el cementerio creado al lado de los basurales. Sin poder dirigir mis pensamientos bajaba hacia el abismo atraído por mi propia debilidad hasta que a punto de abrir los ojos en la oscuridad un chasquido de dedos me despertaba en mitad de la habitación. Veía un pañuelo volando envuelto en cenizas que se desparramaban libremente por el aire, se introducían por las ventanillas de mi nariz y terminé estornudando descontroladamente. Después, doña Lucrecia me apretó las costillas, miró a mi madre con satisfacción y me susurró al oído que podría salir a jugar si lo deseaba. Me alejé corriendo entre duendes reverdecidos, cenizas y pañuelos y un aroma sudoroso penetrando febrilmente en mi cabeza.

Es de madrugada y mi madre ha salido al patio a realizar su ritual acostumbrado. No sé por qué he despertado de repente como si me hubieran dicho quedamente que era hora. Yo soñaba con mis eternos duendes pintarrajeados y asomaba mi figura entre eclosiones de polvillos rosados y violetas cuando un par de blancas alas desprovistas de cuerpo y cabeza revoloteó alegremente bajo una arboleda de metales plateados. Subí a ese plumaje descomunal y comencé a deslizarme como parte de otro sueño por increíbles paisajes amarillos que nunca podría reproducir despierto. En esa sinfonía de colores vivos que llenan por todos los ángulos posibles la estructura soñada mi sujeción al vuelo cobra ribetes de encantamiento. Por bocas de niños invisibles llegan canciones apenas audibles que inundan mi alma de extraños goces que no terminan de sacudir del todo mi vigilia. Lo hermoso radica en la conciencia de un sueño no querido, y sé que estoy discerniendo dentro suyo como si fuera algo vivo en su interior. A veces, al perseguir un cormorán herido en la vastedad de las playas confundía la realidad como si fuera

parte integrante de lo ilusorio y me detenía cerrando los ojos. Creía que al abrirlos estaría flotando en el espacio mirando cómo el ave huía de unas huellas humanas que se formaban suavemente en la arena. Pensaba que no estaría allí y, sin embargo, podría ser el mismo que perseguía algo inalcanzable. La confusa percepción de lo verdadero figuraba siempre en mi anecdotario personal como una sucesión de hechos inaccesibles que de alguna manera alteraban mi corazón haciéndolo temblar de expectativas. Al estacionarme a un costado de aquellos basurales extensos y escudriñar bajo sus rumas de papeles y cartones me quedaba una sensación desconcertante como si un viento perpetuo me indicara siempre que todo termina siendo llevado a lugares imprecisos e ignorados. Por eso al soñar como esta noche con alas y colores revitalizados siento que conozco dimensiones exactas que mi propio interior va creando. Soy capaz de traspasar las fronteras de lo material y transformar mis primeras ideas de las cosas. Habitudo a elucubrar sobre el mundo más ingenuo aquella maravilla astral pasa a través mío como un río de posibilidades infinitas. Un mundo irrealizable trae animales que hablan sin palabras y árboles que van creciendo con un solo parpadeo. Manantiales de espuma crean burbujas gigantescas que flotan arriba de helechos transparentes y cristalizan las escenas figuradas por mis propios pensamientos. Miro asombrado mi antigua gestación fetal pataleando de felicidad

al interior de un útero resplandeciente. Me basta desearlo para sentirme volátil espermatozoide esquivando las probabilidades de una muerte derrotada. Encogido embrión\_distingo gateando a mi hermano en la cocina y mi padre fuma recostado en su perenne soledad. Desde el umbral de una ancianidad inevitable miro mi biografía personal con un rostro de serena reflexión. Sin que nadie me diga de dónde vengo descubro un camino singular predestinado a mi única existencia. Me constato como un ser único y irrepetible, perfectamente individual. Me digo que al despertar enfocaré el sufrimiento como algo transitorio y haré un inventario interminable de los sueños y las esperanzas y la dicha podrá incorporarse en cada decisión sin que haya espacio para dudar de la inteligencia y de la fe. Pero, siento que el sueño es un estado fugaz y yo debo despertar sin que sepa de dónde viene esta vigilia que diluye mi sueño ceniciento. Lo real es que mi madre circula por el patio danzando silenciosa sobre la nieve acumulada. Desde esta ventana humedecida la veo con sus pies siempre desnudos caminar de puntillas como si Angelita hubiera envejecido de repente. Mueve la cabeza cadenciosa y entrecierra los ojos como si entrara en un estado cataléptico. Algo me dice que esa visión deslumbrante tiene aún explicaciones incomprendibles que no podré descifrar por mucho tiempo. Pienso que Laura ha entrelazado sus primeras premoniciones infantiles sobre la nieve a ese ritual fantasmagórico descubierto en

algún momento de su vida. Me resulta curioso que dentro del sueño que termina este paseo misterioso no tuviera un leve indicio de su procedencia. Pasa delante de nosotros como algo natural que tiene la virtud de intranquilizarnos. Pablito me tira de las mangas mirándome asustado y yo le acaricio la cabeza tratando de sonreírle a través de una mueca incontenible. Cuando Laura llega hasta nosotros y nos abraza por los hombros empieza nuevamente a nevar.

-Nevará hasta las seis de la mañana- Dice suavemente y, antes que podamos preguntar nos lleva de la mano hacia la cama.

Dormiremos abrazados como si ningún frío del mundo pudiera separarnos.

¡Oh, Dios! Hay algo aquí que no acierto a comprender. De pronto me he visto atrapado entre pasados y presentes como si me fuera atosigando una enorme angustia de mentira, algo impropio y a la vez tan valedero que siento un temor irreprimible de autocontrolarme. La desazón ha hecho presa de mi ánimo una vez más: He ido quedando aprisionado por palabras que no entiendo, por gestos que se vienen insinuando desde un lugar lastimero y lúgubre donde todas las cosas aciertan a ser lo que no son: una especie de descalabro humano, de blandos retorcijones que se escurren por entre las paredes y me apuntan. ¡Oh, sí!, me están apuntando como si trataran de pronto de atenazarme, de acorralar de una vez por todas mi indecisión perenne, mi idolatría de artefactos desconocidos. Yo no sé qué hacer perdido en mi mundo de irrealidades, pero si alguna verdad existe más allá de esta parodia de luces deprimentes quiero saberlo. Mi madre pulula como vulgar enjambre de abejas moribundas, como si se tratara de una sola y compacta masa dividida en multiplicidad de partes con plena autonomía. Yo tengo miedo de



esos pedazos resquebrajados que deambulan sin saber y sabiendo a dónde van. Me quedan demasiado grandes sus explicaciones quietas, sus observaciones a ras de suelo, sus debilidades aparentes. Mi madre surge por la puerta entornada de mi desolación portando un estandarte de condenas multiformes. Nosotros, ¿dónde nosotros esperando? ¿En qué mísero lugar de esta existencia sabremos reconocernos? Cuando las madrugadas cenicientas emergen como espejos de otra vida, cuando vistosas guirnaldas blancas caen como si se tratara de un manto bondadoso y frío, cuando la luz del mundo, sutil como palomas en decadencia y aún aptas para lanzar el último suspiro, cuando las gotas del invierno quedan suspendidas en las canaletas, en las goteras infinitas de las cañerías, y un olor a soledad permanece equilibrándose entre todos los ventanales, cuando asomamos nuestra tímida nariz como si se tratara del ingreso a otro sueño, a otro pasaje de un mundo equidistante del nuestro, allí, cuando todos sabemos que lo asomado por los cercanos y dudosos horizontes de los cerros es otra manera de atraparnos al suelo, allí, entonces, allí, nuestra madre surge como un hada de terciopelo oscura y se dedica a caminar sin prisa por los deslindes de éste sueño. Despertamos a una realidad más fantasmal que las palabras imaginadas. En donde quisiéramos atrapar algún breve indicio de la inmortalidad ella nos seduce con su presencia de atmósferas irreconocibles. Nos hemos quedado expectantes, imbuidos de esa especie de disgregada cadencia nocturna que lanza sus tentáculos mitológicos más acá todavía de la comprensión. Todos los señuelos nos están vedados. Todas las pistas se esconden tras un giro imprevisible por esa nieve virgen que acomoda sus partículas no horadadas a ese pie gigantesco que las mata. Entonces asoma en nosotros la palabra miedo, como si se tratara de nuevo de

aquellas confesiones noctámbulas, crepusculares, que acuden a despertar toda la temerosa egolatría que se empieza a esconder en el fondo de nosotros. Cuando el gallo empluma su vuelo por enésima vez y arroja sin ningún miramiento una displicente observación a los costados como si entendiera que las sombras poseen el mágico despliegue de extender sus alas sin consultas, ella desprende, a su vez, el perfil de nuestra duda. Se acomodan en nuestros pensamientos ilusiones que alguien ha asesinado como por acto de gracia, como si nos hicieran el favor más sublime de todos los favores conocidos. Las consignas del juego infantil, las claves acurrucadas en los perros de Panda, en las quijotadas sin causa de Coqui y de Ruperto, nos parecen signos de otro tiempo, de un sueño que ha terminado siempre. De un sueño que ni siquiera alcanzamos a entender antes de que nos sacara la luz otra pregunta. Pero, no es una luz luminosa, no se trata de destellos fulminantes que hacen que el corazón paladee lo hermoso de estar vivos. Es una luz opaca, ladrillosa, decaída, como si fuera golpeándose

sin

causa

ni efecto por paredes descascaradas y nos encerrara en una especie de mutismo asfixiante.

-*Es una luz dormida*, dijo Laura una mañana de noviembre, una luz que yo he visto deslizarse como salida de un cuento de hadas invertido donde los malos eran ángeles y los buenos brujos y extraviadas pitonisas.

-*Sí*, responde Pablito. -*Es una luz que no despierta*.

¡Oh Dios! ¿De dónde viene este reguero de sangre que nos abraza y nos extiende sobre el frío de la noche como si estuviéramos predestinados eternamente a sucumbir contemplativos? No hemos podido salir hacia atrás: allá han quedado los rasantes vuelos de gaviotines parodiando la libertad más sublime que hayamos conocido en medio de la arena y playas sucias y malolientes, pero irrefutablemente libres. Aquí, en esta canción de verdugos que no asoman sus cabezas encapuchadas, nosotros asumimos la verdad esquiva, la verdad sin miramientos previos, pero que determinan, en definitiva, la única verdad que hasta ahora hemos conocido: el camino de sus desnudos pies sobre la nieve.

Una verdad desagradable e incitante, una verdad que nos acecha cada día y cada noche envuelta en sábanas que se pegan a un sudor frío y taciturno. El temporal que nos condiciona a sortear todos sus destrozos no es tan diabólico ni maldadoso en sus efectos. Ni siquiera una riña desigual o un gesto artero que tanto daño provocan en el ánimo y en la mente y que acostumbran a traducirse en sueños y desesperanzas, en no cruzar una calle o evitar la esquina peligrosa, ni siquiera esas palabras obscenas dichas de sopetón, cuando uno todavía presenta sin dudar sus mundos de juguetería arriba de una bicicleta, ni siquiera el viejo y consabido hijo de puta es capaz de atormentarnos tanto ni por tanto tiempo como éstas madrugadas desequilibrantes. El odio que acumulamos sin saberlo crece como espantapájaros inmóvil y que tiene la extraña virtud de deshojar sus trapos sucios por el cielo para que los contemplemos en un acto reiterado de blasfemias y de torturas que nadie puede descifrar. Sin embargo, algo difícilmente explicativo nos ocurre: más allá de éste tiempo la lúcida

parábola de lo que sin objeto y sin sentido nos persigue. Hurgar todavía en la ancestral pirámide de lo genealógico resulta una empresa demasiado apabullante, increíblemente cansadora en su sola imagen repetida. Pero, algo que no está escrito en libro alguno, algo que ha venido dando tumbos de fantasía se esfuerza en recomendar su porfiada persecución. Yo he creído ver más allá de mis narices un día cuyo tiempo se grabó indeleble en mi memoria y me arrojó de bruces contra una realidad desconocida. Agitaba mis catorce años en medio de islotes y canales, de archipiélagos caídos en el fin del mundo, casi extraviados en un mapa, donde antiguos indios eran amos y dueños de sus sombras y ahora apenas dejaban un reguero sin sentido de piedras talladas, de árboles con signos tapados por la espera o trocitos de rucas y toldos miserables, de cuerpos que alguna fotografía me mostró inermes y pisoteados sin piedad ante la muerte cuando detrás de unos matorrales inclinados de viento y soledades que siempre conocimos, asomó su media cara una anciana de mirada turbia. Recuerdo que corríamos como poseídos de un mutismo misterioso, saltábamos embadurnados con barro de campos pantanosos y el día se retiraba sin ninguna campanada cuando ella me descubrió temeroso y retrocediendo. No habló, no dijo una palabra: se quedó ensimismado con su mitad de cara, con su mitad de cuerpo, con su media vida dando tumbos quietos en el mismo sitio.

*-Regresa, regresa, que no verás el azul del cielo,* escuché a una tía de leyenda con su grito desesperado perdiéndose en la lejanía y cuyo eco se fue rebotando sin volver jamás a perder de vista su sonido. Pero, yo no podía volver, no podía regresar a un punto casi olvidado. Me quedé petrificado y

mudo. Dolido de pronto y raramente frío y temeroso. Desatendí al mundo y el mundo se olvidó de mí, apoyado como estaba en un despeñadero, con la mano derecha sujeta a una piedra que parecía reblandecida y húmeda por dentro. Me miraba con gesto vago como si tuviera toda la eternidad a su disposición y yo no fuera otra cosa que el señuelo esperado por siglos para castigar en mis ojos su figura de otro espacio. Supo que le hablé sin palabras y me contestó que no podía, que más allá de esta vida que ahora poseía yo estaba castigado por designios que eran algo

incontrolable. Me sumí en un estado de dudoso misterio, de insinuaciones que me alteraban y un miedo tan tenue como pelusillas que danzan sobre el vientre me fue aumentando los latidos de un corazón cansado por la sorpresa.

*-Yo no soy lo que ves, sentí que me decía internamente. -Yo poseo los secretos de un sueño que tú conocerás un día, pero estoy aquí para que sepas que existo.*

Yo sabía que existía, lo supe cuando aquella parte lisa de su rostro se perfiló como un cuadro inerte retirado de una galería deshabitada. Olvidé el ladrido de los perros alejados y perdidos barranco abajo. Se fueron quietando los ruidos de las hojas y los árboles parecieron inclinarse para siempre contra el suelo como si pegaran repentinos oídos al ruido de mi corazón. No supe de dónde vino, pero aunque pareciera otro contrasentido, lo sospechaba, y más que sospechado, tenía una especie de duda y certeza simultáneas que me colocaban en la hábil encrucijada de un destino personal.

*-La verdad es sólo lo que no puedes descifrar,* musitó su voz dentro de mi cabeza.

*-La verdad no estará nunca más acá de tus intuiciones.* Si yo me quedaba ahí, sometido para siempre, estaba casi escrito. Mejor dicho, quedó escrito que nada ni nadie podría explicarme acertadamente lo que un absurdo día la sorpresa de un rostro casi inexistente me develaba. ¿Cómo enlazar luego esa mitad de vida con ésta luz en decadencia que trae sus desnudos pies sobre la nieve? ¿De qué hábil manera se soslaya una explicación que

el corazón intuye pleno de débiles temores, inmerso de dudosas manifestaciones equivocadas? No tengo tiempo para descubrirme, pero es lo único que hacemos por esta ventana entristecida cuando el día emerge como un canto letanico o, con un sonsonete como de fin de mundo y el sonido de pájaros, de usinas, de fábricas, de griteríos de colegios, de ruido de bocinas, de alambres y palos sobre un empedrado, cuando el sonido del mundo ha desaparecido y algo similar, semejante, casi idéntico a la muerte insinúa sus pedazos repetidos por el mismo ventanal de cada invierno.



*-Acompáñame*, dijo mi madre, con una voz difícil, esa voz que no significaba nada y a la vez respondía mis eventuales preguntas.

*-Iremos donde Adriana para que sepas qué viene en los años que te tocan.*

Yo me apretujaba dentro, sentía una especie de remezón brusco y simultáneo de todos mis órganos que se iban acomodando a la sorpresa que intuía. Algo semejante a una pista debilitada por lo cotidiano emergía tímidamente por entre las enmarañadas ideas que cruzaban mi cerebro. Adriana era una mujer diminuta parada en una esquina de un cuarto semi oscuro de una casa en ruinas que daba a una calle en penumbras en medio de un barrio empobrecido, alejado de una ciudad que bullía de luces destempladas. Adriana era una forma inconclusa todavía para mis ojos acostumbrados a las claridades de un verano que no asomaba del todo, pero que me traía los gritos de mis compañeros desde la cancha de fútbol y que pasaban tintineando alegremente por las baldosas de la fábrica de ladrillos y espejuelos. Adriana era esa cosa difusa obstruyendo la llama de una vela que se equilibraba en una palmatoria.

Adriana era el tiempo temeroso que siempre llevaba de la mano de mi madre un símbolo cargado de cacofonías, de palabras inentendibles, de ideas sueltas como lanzadas a puñados hacia el cielo. Adriana ha salido de las sombras y sin volverse me lleva de su silueta semiadormecida por los deslindes de esa habitación como si de pronto traspasáramos una materialidad gelatinosa y llegáramos a otra estancia más débil y más triste. Pero, ella no se ha vuelto.

-Lo has traído al fin- dice una voz que yo he escuchado en alguna parte alguna vez.

-Lo he traído al fin- responde una voz que he escuchado tantas veces repitiendo mi nombre y mi destino, mis primeros pasos y los últimos. Adriana, Adriana, repito quedamente y ella me toca sin volverse de los hombros, estirando ambos brazos hacia atrás y palpando con los nudillos vueltos al suelo mis mandíbulas y el mentón.

-Estás como siempre- afirma sin inflexión alguna.

Yo pienso, *¿cómo siempre?* Y algo se repite dentro alargándose en un tiempo que no puedo entender, pero que presiento descifrar un día. *Adriana*, repito y parece que su nombre trajera la mitad de algo eternamente inconcluso, la mitad de la vida, del espacio, la mitad del odio y del amor, la mitad de un embarazo, la otra parte de mí mismo, de mi cuerpo, de mis palabras, la mitad de otro sueño, de mi vigilia, la mitad del tiempo de mis hermanos, de Laura y sus aciertos en la nieve, de los conteos rutinarios de Pablito, de la mitad solitaria de mi padre, de la mitad consa-

bida y nocturna de mi madre, de sus pies a medias caminatas, de la blancura que nunca termina de caer sobre el patio. Adriana me trae la respuesta a medias de lo que vendrá y yo tengo miedo de nuevo, éste eterno miedo de sacarme la venda de unos ojos que no tengo y que no obstante todo lo que he visto no se atreven a salir por sí mismos. Adriana, parece una mujer de hechicería a pesar de no verla todavía, a pesar de estar sumida en sus espaldas y pensar mi vida desde una perspectiva que se me antoja absurda y certera.

-Lo he traído como tú dijiste- repite mi madre como si se tratara de una sentencia en mi sien izquierda, una especie de tictac sin retorno que siempre me trae el aroma irrepetible de lo sorprendente. Estamos en una lucha concertada donde cada uno reconoce su papel a medias, pero por encima de todas las cosas yo no alcanzo a vislumbrar sino una palidez insinuante de mis dudas, de mis vacilaciones.

-Está demasiado nuevo todavía- afirma mi madre.

-No- responde esa voz débil y firme al mismo tiempo que yo he escuchado en alguna parte alguna vez.

-Es el momento justo- y sus palabras recorren mis sentidos, los penetran dejando una estela de tristeza y de atracción que no puedo evitar y no deseo.

Mientras ella mide mi nerviosismo contemplo, como si tanteara en la oscuridad, una repisa destartalada a punto de caerse encima de un montón de lana y desperdicios sobre los que un perro famélico con un ojo semicerrado y otro

blanco como una nube husmea a duras penas procurando convencerse que allí el alimento no existe. A un costado, en una actitud de ensimismamiento indescifrable, una mujer arrodillada y de espaldas, con la cabeza inclinada hacia atrás enfrenta la imagen de un Cristo moribundo, de un Cristo que tantas veces he visto pegado en las paredes de parroquias y de iglesias, que he tenido en estampitas de colores que nos regala el padre Rigoberto después de un porfiado mes de catecismo como preámbulo obligado del examen de Dios impuesto por un cura de dudosas apariencias, como si nos colocarán más tarde un espejo vacío ante nosotros. Entonces las cosas emergían como una muestra anticipada de lo ya sabido, pero tácitamente aceptábamos la imposición de un estudio oscilante entre lo fastidioso y deslumbrante, sobre todo al avizorar muy dentro de nosotros a un Dios pequeñito pugnando por salir y repletarnos de amor y de esperanza. Lo percibíamos contentos, llenos de un gozo repentino que nos sacaba de una sala sin terminar donde las vigas del techo descubrían su vientre incompleto y agujeros oblicuos delineaban rayitos de sol en las paredes. Pero, en otras ocasiones detestábamos la palabra fingida, dura y vacilante, los adornos exagerados, las posturas veleidosas arriba de un universo maravillosamente falso que nos traería cualquier día la luz de la vida y el regocijo eterno. ¿Cómo? nos preguntábamos a menudo, si las moscas de todos los rincones del mundo llegaban a revolotear sin

pausas por los basurales y sus zumbidos nos perseguían cada verano por los dormitorios, subían sin pausas por los rotos ventanales y se posaban desnudas en cada almuerzo exiguo; en los panes remojados como un disfraz, en los infaltables desperdicios de los basurales donde algún niño duerme confundido entre latas de conservas y virutas de barracas. Luego una madre recorre a pausas un mismo sendero repetido tantos años, hurgando, como este perro miserable, un poco de comida y algo con que paliar el hambre y la tristeza que se cuelan a diario por las desnudas paredes de sus habitaciones. ¿Cómo entender a Dios entonces? Y sin embargo, algo nos llevaba de la mano, algo más misterioso que la injusticia reflejada en tanto rostro conocido. Un barrio no era sino eso: sólo un barrio, y en él vegetaban demasiados y no pocos se acostumbraban a morir sin una esperanza, apenas con una multitud de recuerdos siempre vagos, eternamente reiterados, ampulosos y exagerados sobre la misma esquina, la repetida cancha de fútbol donde eludía a medio equipo y colocaba el balón donde el arquero no llegaba, donde acerté tres piedrazos a la misma gaviota que no terminaba nunca de caer, donde puse el beso de despedida en la gordita rubia del almacenero, la que todos esperábamos amar y que sólo me besó a mí, en esta mejilla, la izquierda, la que no me lavé por más de una semana como si nunca acabara de saborear su aroma de hierba y de palomas. Y se quedan allí, más encegue-

cidos que nunca, recordando, siempre evocando lo que no fueron, lo que inventan en una mentira gigantesca, parcial y escindida, de tantos días y meses angustiantes que los llevan derecho al mismo cementerio. Y mientras acierto a imaginar el mundo adyacente que vislumbro entre temblores y desasosiegos, Adriana estornuda tres veces, golpea la mesita solitaria en un rincón del cuarto tres veces más y estruja un trapo que chorrea un líquido amarillento y nauseabundo que rápidamente inunda la habitación. Me quedo con las manos apoyadas en la pared como si fuera a saltar hacia el cielo raso y antes que me coloquen en algún sitio impreciso salgo atravesando vigas y techos de zinc enrojecidos, me disparo sin vuelta por el aire en una decisión tan veloz como inútil. Adriana, la del mundo rezagado, me llama con voz monótona y cansada.

-*Ven, me dice, -acércate a esta mesa, y coloca en la penumbra un lavatorio y a los lados cuatro velas encendidas surgidas de la nada.*

-*Esto es el amor, me dice sonriendo detrás de la oscuridad. Yo imagino su sonrisa pugnando por salir y quedando siempre difusa.*

-*Esta, la felicidad, agrega pulsando un vértice de la mesa.*

-*El dolor, masculla con un lenguaje de pronto casi ininteligible.*

-*Y ésta la del sufrimiento, alcanzo a adivinar cuando su voz se va perdiendo como atraída por un viento invisible que la succiona por el hueco de una ventana sin vidrios ni pestillos. Coloca en cada esquina de la mesa una carta de naipe español.*

*-Aquí un rey de bastos, uno de espadas, el de oro y el de copas.*

Y veo su boca inmóvil; sin embargo mi cerebro capta unas palabras precisas, seguras y certeras. Mi madre me palpa uno de los hombros como si quisiera constatar que estoy ahí, que no me he ido, que no me atrevo a salir al mundo y que estoy condenado a satisfacer la búsqueda de un destino que ya no moldea mi existencia, que aquí se acaba el esbozo de mi personalidad insinuado un día de campo apacible donde una mujer similar me atravesó la vida con su aparición inmediata. Oigo un sonido de barajas, de naipes que van y vienen por el aire. Alcanzo a distinguir una especie de círculo borroso donde las cartas se entre cruzan sin tocarse y van cayendo suavemente al lado de cada vela encendida, hasta formar pequeños montículos exactos.

*-La vida no es de lo mejor para ti, asegura Adriana, pero en su entonación no hay desasosiego, sino una rara y satisfactoria certidumbre que mi madre reafirma con una mirada difícil.*

*-Habrá en tu alma demasiadas inquietudes y muchísimo dolor, pero más aún: dudas que quizás nunca aclares,* agrega con un sonsonete entrecortado como si estuviera siendo poseída por una especie de espíritu insistente que va transmitiendo palabras que ella recepciona. Recuerdo entonces haber leído un libro carcomido, deshilachado y mohoso que hallé dentro de un colchón semipodrido en el galpón de una tía. Recolectábamos lana utilizable y me topé con su cubierta rugosa y comencé a hojear sus vocablos insinuantes, rara vez claros o evidentes. Relataba las formas de comunicarse con quienes habían desaparecido, con muertos recientes y antiguos, y yo supuse aquella vez que la gente perdía mucho tiempo escribiendo textos que nadie leería nunca. Ahora, en cambio, percibo una

rara coincidencia entre aquel libro en desuso y esta mujer que arranca palabras gastadas de un espacio ignorado y me trae símbolos y claves que se alternarán fugazmente en mi vida. Yo no puedo escapar, aunque internamente desee hacerlo. De pronto busco una salida, confundido en movimientos que no hago, en decisiones que no tomo. Noto en mi cerebro ideas que se enredan y terminan por caer dentro de sí mismas, se entrechocan, se desnudan, se apartan y vuelven a su punto de partida. Mi corazón gira como un poema no escrito y se arrincona, avergonzado en su irresolución. ¿Qué es esto? me pregunto azorado, inquieto en mi tranquila apariencia. ¿Hacia dónde me encamino sin avanzar un solo paso? De una cosa estoy relativamente seguro: no sé qué enigma guarda este momento ni puedo precisar todavía a dónde me conduce. No obstante, cuando las vacilaciones parecen condensarse en el espacio y sin mayor dificultad pudiera palparla con los dedos Adriana, la de la voz sin matices, comienza a desmayarse suavemente como si una fuerza desconocida la atrajera sin premura al fondo de la tierra. Escucho el suspiro de mi madre, su ahogo fingido y el golpe suave y tardío de un cuerpo iner-



te posándose fríamente en las tablas del piso. Por el hueco de la ventana una débil luz ilumina a medias el rostro inacabado de Adriana y veo su perfil delineado contra una pared oscura y atrayente. Surgen, entonces, las mismas palabras anteriores, las que me incitaron a una desventura que poco a poco me atrapó sin yo saberlo y como débiles eslabones que transitan sin prisa por mi mente comienzo a encadenar la discontinuidad de una vida que nunca he tenido. Mi madre me toma de la mano.

-¿Quedará allí esa señora?- pregunto angustiado mientras caminamos a la puerta de salida.

-Ella despertará luego -me contesta con seguridad y comprendo que ese sueño repentino de Adriana es otra parte de un misterio cuyo origen, quizás, no alcance a tocar nunca.

Desde esa vez que Adriana me vaticinó en penumbras el futuro, unida a aquella otra donde Lucrecia me hizo el signo de la crucifixión con cenizas en el centro de la frente, mi comunión con los reiterados paseos nocturnos de mi madre se acentuó progresivamente. Pablito y Laura preguntaban sin palabras y al quedarnos mudos en nuestras acostumbradas visiones desde la ventana el tiempo se fue estrechando sobre nosotros como si estuviéramos dentro de una bolsa de plástico transparente a la que una mano invisible cierra lentamente con un cordel indestructible. Mis escasos años pesaban en exceso. Laura comenzaba a perder su capacidad de hacer nevar cuando quisiera y poco a poco se iba convirtiendo en una especie de santona exagerada que llenaba la casa de figuras religiosas a las que iba venerando por turnos semanales, aunque era común empezar a verla arrodillada al lado de la escalera con todos sus íconos reunidos, postrada en actitud de reverencia sumisa y patética, como si todas las figuras de yeso envueltas en sus ropajes de colores la observaran con idéntica sentencia en su cabeza. Mi familia, entonces, ini-

ciaba su afición por la idolatría exterior de cosas inentendibles. Pablito trajo de los Salesianos un alto impresionante de estampitas milagrosas que según él tenían mágicos poderes capaces de convertir, en ocasiones, el agua en vino y el vinagre en perfume de señora. Y las colocaba en el galpón de mi padre, en una larga fila, como si se tratara de una exposición de cuadros alegóricos desde donde extraía las más deslumbrantes para tallarlas en madera con un formón y barnizarlas con una brocha delgadita. Como no poseía habilidad natural para el tallado sus esculturas resultaban casi obscenas y la imagen bondadosa de un fraile capuchino terminaba siendo una especie de pájaro humano con una sotana extendida como alas de murciélago que, más que inspirar adoración, provocaba repugnancia y temor. Luego las colgaba del cordel del patio y empezaba a arrojarles unos dardos de roble que mi padre nos hiciera para lanzar a un redondel dibujado con carbón en las paredes. Cada vez que lograba clavar alguno su cuerpo entero se contraía y daba la impresión que él mismo se hería un órgano importante. Allí se iba al suelo gimoteando, rasguñando la tierra con desesperación y palpándose el estómago como si lo atravesaran todos los dolores del mundo. Nosotros corríamos por la casa buscando una suerte de conjuro, una cadena de plata que sabíamos colgada por mi madre en su ropero, y que más de una vez hizo oscilar contra un espejo midiendo, lo que a mi me pareció siempre,

el tiempo ineludible. Pero, ya no había cadenas y mientras Pablito se revolcaba en el patio emitiendo extraños sonidos guturales, Laura, mi padre y yo, nos mirábamos como cuando mi madre se revolcaba en sus colchas amarillentas para que alguno de nosotros saliera desesperado hasta la iglesia. Sin embargo, de pronto descubríamos que Pablito sonreía sarcástico colocando su rostro pegado a las paredes del galpón, su cuerpo se convulsionaba, pero no de espasmos dolorosos, sino de una risa estridente que tenía algo de diabólico, de una maldad calculadoramente destructiva. - ¿Por qué nos engañas Pablito? -preguntaba mi padre con una rabia secreta, los puños apretados y un dolor incontenible emergiendo por la claridad de sus pupilas. Pablito se levantaba mirándonos torvamente, los labios reseco y el cuerpo entero contraído para empezar a relajarse paulatinamente y terminar sonriendo con dulzura como si nada fuera de lo común hubiera acontecido.

El que mi madre caminara con sus pies desnudos sobre la nieve era, desde hacia muchísimo tiempo, un hecho conocido por la mayoría de la gente del barrio. Al principio no nos afectó demasiado que nos relacionaran con la mujer de los pies descalzos. Laura, Pablito y yo estábamos casi al margen de lo que ajenas opiniones significaban sobre nuestra vida familiar. Pero, como las relaciones humanas tienden, tarde o temprano, a reducirse, las apreciaciones insidiosas, los comentarios intencionados, las burlas enmascaradas, el hazmerreír progresivo, nos fue confinado, casi sin notarlo, a una especie de enclaustramiento físico y mental. El día se nos presentaba como un desafío azaroso en que el mero hecho de salir y enfrentarnos con el mundo significaba un albur acechante y demasiado poderoso sobre nuestras cabezas todavía inocentes en su con frente ciudadano. Mi padre se escudaba en su galpón y rara vez daba la cara al persistente viento de la tarde cuando grupos de muchacho se estacionaban en las esquinas haciéndonos blanco de un escarnio general que nos apretaba el ánimo y el corazón, sin que mediaran causas aparentes. Ellos consideraban que un hecho inusual como andar en camisa de dormir y a pie desnudo por la nieve era una comunicación con lo desconocido, cosa que no podíamos rebatir, puesto que para nosotros significaba algo similar: estábamos atrapados en un juego de atracciones y rechazos que no podíamos ensamblar del todo. Yo tenía claro sí, que un enigma se empezaba a develar, al menos para mí, desde que Adriana, la mujer que me auguró sólo penurias, surgió un día repentino entre unos bosques oscurecidos. Luego, el que reapareciera envuelta en la penumbra de una habitación perdida no era sino la necesaria confluencia de un hecho inacabado. Ahora que todo hacía presagiar que nuestro mundo de subsuelo se nos estaba viniendo encima como si lo empujaran fuerzas

desconocidas y la razón de lo oculto brotaba en la superficie de nuestro desencanto diario, una dolorosa certidumbre nos envolvía en cada una de las esperanzas. Yo no quería creer que la realidad fuera un esbozo gradual de una felicidad que existía en la naturaleza. Estaba marcado para comprender que el mundo era la consecuencia de un sueño convertido en pesadilla en la cabeza de un Dios aburrido. La creencia de algo superior no estaba precisada y era apenas un acto inconsciente manejado por lo irreconocible que me llevaba de la casa hasta la iglesia Don Bosco cada vez que mi madre sufría sus excesos o disfrutaba sin razón caminando por la nieve. Lamentarse de un es-

pectro de vida no era suficiente. Invocar la presencia milagrosa de renacimiento físico era la salvación inmediata. No dudaba que mi fe era portentosa y aunque estuviera minimizada por mis cortos años la fuerza interior que me jactaba de poseer era bastante para que Dios escuchara los dolores del alma transmitido por mi madre. Ella sabía que tarde o temprano correría al estrado de Jesús a invocar el milagro cotidiano. Sabía que estaba dispuesto a dar mi vida para que su dolor fuera un espasmo pasajero que cayera por el abismo de un escozor momentáneo. Pero, nunca llegué a tener claro por qué me angustiaba solitariamente sin que nada ocurriera de una manera lógica, o que al menos me diera la respuesta necesaria de sus sufrimientos elucubrados. Desde la primera vez que la vi sumida en su desdicha arañando los muebles, dándose vueltas por el piso de las habitaciones, mascullando imprecaciones contra ángeles incorpóreos, que yo tenía la rara capacidad de medir en el espacio, desde que la vi sumergirse en un pozo de sufrimiento corporal interminable y caer desnuda en las baldosas del baño, mis sentidos, mi alma y todo mi ser agonizaba con ella de una manera irracional. Su impacto de piel resquebrajada era mi impacto. Sus quejidos se transmitían como un mensaje que no terminaría sino orando e invocando la llegada del espíritu verdadero para que tomara el lugar preciso dentro de su cuerpo. Luego todo era comprendido y la apariencia era más real que lo

vivido a lo concreto una mejoría que me sacaba, no tan solo de mi dolor, sino también del suyo. Y después, al salir al patio de la casa y sentir cómo los pollos pían rutinarios puedo descifrar su extraño lenguaje, y sé que la venida de nubes plumizas desdibujándose en lentos pedazos de tonos ficticios traen un mensaje natural, sencillo y diáfano como si reapareciera el verdadero sentido de las cosas. Cada gesto observado en la calle, cada sonrisa me llegaba vibrante de magnetismo y sacaba recién, luego de tantas sesiones de dudas y esperas, una respuesta válida para tanto alboroto mental. Conocía recién los hombros desgarrados de Panda a la distancia, el oscilar ridículo de Ruperto bajando por Sarmiento, con esa palidez de fantasía a cuestras y las mejillas enjutas como si se las hubieran embutido en un paño almidonado y surgiera su frente con un emblema de cándida idiotez. A más de cien metros podía distinguirlos, a la inconmensurable distancia del ojo humano percibía nítidamente sus sentidos, sus inquietudes, sus esperanzas y dentro de un mundo irreal al que otorgaba forma diferente, todos los hechos materiales transfiguraban, impensadamente, un espíritu auténtico, que la transitoria y verdadera fusión de unos cuantos días de calma y sosiego familiar nos indicaban que mi madre dejaría, por un par de semanas, de andar orillando la blanquizca faz de las madrugadas.



Ahora parecía hermoso vivir de pronto, algo así como ir saliendo de un cascarón de acero repleto de una sustancia viscosa y absorbente que a duras penas permite respirar. Las estaciones surgían como por encanto. El cielo era límpido y transparente, aunque hubiera gemidos humanos pugnando por romper paredes y ventanas. El vuelo de un pájaro oscuro se transmutaba como viejos y desconocidos procesos de alquimia hasta perderse brillando y causando toda clase de esplendores en un Estrecho súbitamente azul. Dios emergía como una sola campanada que traspasaba cada corazón haciendo entender que el mundo era todavía hermoso, que habíamos nacido para vivir eternamente y que cada fugaz sufrimiento tenía siempre una explicación positiva como desprendida de un evangelio profético que trocaba siempre el mal por bien. El odio momentáneo se extraviaba en su propia negatividad. Allá, sobre las altas cumbres de cerros portentosos, la esperanza traía un color difuso que variaba sus tonalidades hasta quedar sumidos en una contemplación que llegaba a deslumbrarnos. Era el renacimiento de nuestras ansias de vida. El redespertar, la resurrección instantánea que realzaba la existencia hacia sitios intuitivos por sobre tantas miserias humanas. Pablito olvidaba sus hábitos malsanos y procedía a destruir a toda prisa cada figura tallada y que todavía colgaba en los cordeles del patio de la casa. Laura recordaba que alguna vez hizo nevar, cuando su corazón era tan límpido como la nieve y su tristeza permanente tenía algo de santidad inmaculada. Mi padre era capaz de cantar entonces una canción yugoslava que nunca aprendió y que mi abuelo traducía con los ojos empañados por la felicidad, una dicha que le traía espacio, una geografía antigua donde corría a pie descalzo por quebradas repentinas y contemplaba sonriendo un mar aturquesado que rodeaba su mundo de

juguetería. Yo me iba silbando hasta la pieza de Angelita, la tomaba con la mayor delicadeza posible y antes que ella reiniciara una danza olvidada me miraba con un dejo de profunda ternura. Después corría desligándose de su caja de cristal y crecía como el día de su aparición en las herrumbrosas piezas quemadas por el incendio de la casa de ladrillos. Yo podía tomarla del talle y bailaba con ella hasta que el sueño me vencía, pero aún antes de dormirme de pie, apegado todavía a su cintura diminuta, sentía que sus ojos infinitos me traspasaban todas las vidas que tendría. Como en un recuento cinematográfico reconocía nuevamente un universo sin fin al que terminaba siendo transportado en pedacitos y, al contrario de los negros días anteriores, cada división era una parte del todo indivisible completamente posesionado de su tiempo y su lugar. Allí veía que la plenitud era algo más que un estado intuido y venía como un niño que jamás moría en mi interior. Pero, nuestra vida era un péndulo incansable. Pensaba en la forma de retener para siempre un día maravilloso en el extremo de la felicidad cuando asomaba su turbidez infatigable al otro lado del laberinto. Allí se reanudaba la penosa repetición de los momentos desoladores que producían su mínima estatura hasta asfixiantes límites. Daba la impresión que volvíamos al origen indeseable, pero que nada haríamos por salir del atolladero. Nos dolía enclaustrarnos, quedar sumidos en una contemplación ridícula, apegados a un ventanal superpuesto en el espacio que nos daba cada mañana las mismas campanadas invertidas de la misa inicial. Los tañidos nos sacaban de una modorra inservible, de una condición estatuaria, de nuestras, miradas perdidas en un espejismo cada día más real. Vistos del otro lado del cristal, Laura, Pablito y yo, semejábamos una fotografía de pupilas asustadas escrutando el sin sentido de una nieve dócil,

sumisa al paso de un tiempo prematuro e incapaz de borrar los vestigios humanos en el suelo. Visto en mi interior, al momento de sufrir los desgarros de mi madre, resultó un alud de misteriosas sensaciones que me llevan a un destino conocido. Allí, de nuevo allí, reconcentrado en mi banqueta de madera, con una muralla extendida y desvelada equilibrando en su centro a este Cristo moribundo que nunca atina a desmoronarse, a pesar de estar resquebrajado en las rodillas, de tener agrietadas las palmas de las manos y evidenciar desmesurados agujeros en los pies. De sus ojos cristalinos van cayendo gotas enrojecidas como un sereno manantial de dolor comprendido que no me cuesta en absoluto aceptar. Aquí me aletargo como si quedara en un trance definitivo.

Mientras todavía visualizo esa nieve que enceguece y siento pequeños golpes de pisadas suaves por el suelo, levanto los ojos, respiro con ansias y te veo nuevamente, te veo mirarme con una insistencia que me duele y esperanza, que me atrapa y libera. Los rostros de mis hermanos, como hisopos adheridos a los vidrios, se van deformando con una lentitud tranquilizante. Veo sus bocas alargadas, sus párpados cerrados pegándose a la dura transparencia, sus mentones chatos, las narices extendidas, y en ese marco fantasmal percibo ahora que todo pasará pronto, que esa muestra de pesadilla absurda se desvanece invariablemente con el fin de cada invierno.

A pesar de todo algo en mí pretendía siempre rebelarse al desvarío de mi madre, aún cuando participaba como autómata de sus frágiles caminatas por la nieve. Ver sus contorsiones de marioneta cansada y calcular en qué momento agudos sacudones epilépticos llenarían nuestros ojos constituía un juego mental poco entretenido, pero que lo quisiéramos o no, estábamos prestos a jugar. Ella delineaba sus pasos con una parsimonia enfermiza, parecía danzar en el aire, arrojaba un velo transparente por sobre su cabeza agitando sus brazos como aspas de molino y saltaba charcos imaginarios o pisaba pequeñas piedras colocadas desde el portón de madera hasta la entrada del galón. Arriba, sobre el endeble techo de fonolitas oscuras, apenas se iniciaba la nevazón, nuestro gallo ya había can-

tado tres veces, tres largos anuncios de una noche repetida e interminable. Hasta que una mañana de junio el gallo surgió ante nosotros aferrado al borde de un madero sobresaliente del techo. Lo vi desde la ventana: semejaba un cristal multicolor con sus plumas fulgurantes emitiendo chispazos fosforescentes. Tenía el pico entreabierto, las alas a medio desplegar y su pecho estaba henchido como si fuera a cantar para siempre. Nadie preguntó qué le había pasado. Pero, la noche anterior, al recrudecer la nieve en la ciudad y mientras tañó por azar una campana de la iglesia, gruesos hombres en tenidas empolvadas saltaron al cerco de la casa, tomaron a mi madre de las axilas y la subieron cuidadosamente a una ambulancia. Habitados a la época estábamos abrazados junto a la ventana viendo cómo un envoltorio de papel anaranjado bajaba por Sarmiento hacia el Estrecho llevado por el viento cuando vimos llegar silencioso el vehículo azulado. Avanzaba como si no tuviera motor. No emitía ruido alguno y por un instante pensamos en una especie de ambulancia in\_audible, un vehículo de un sueño colectivo que toda la ciudad estaba percibiendo. Como si fueran hombres alados saltaron el cerco y rodearon a mi madre. Ella simuló no verlos. Arrojó al cielo el velo transparente y dio tres brincos cortos en el mismo sitio. Luego tomó una rama del rosal desgajado y se incrustó varias espinas en la cabeza. Antes que la tomaran de las axilas y la arrastraran dejando una

doble línea de sus talones en la nieve se introdujo velozmente en el galpón y con certeros movimientos se atravesó la palma de las manos con dos clavos de cinco pulgadas que mi padre usaba rara vez para embalar alguna cristalería japonesa. La sangre caía delicada formando delgados agujeros en la nieve dando la impresión de ser motitas de algodón que bajaban rosadas desde el cielo para pintar la nieve de contrastes. Al ver la expresión serena del rostro de mi madre un sentimiento de extraña paz brotó al unísono y no pudimos articular una sola palabra que reprodujera nuestro estado de ánimo. Incluso Pablito movió insistentemente los labios y un sonido convertido en murmullo pudimos traducirlo como un signo esperanzador, aunque Laura y yo no supiéramos qué tipo de esperanza podría darnos aquel repentino desalojo de nuestra madre de un escenario tan inalterable. Se la llevaron sin premura\_izándola como un mástil encorvado hasta la camilla que visualizamos por la puerta lateral, y se quedó allí, quietecita, como un perro asustado y enfermo, con apariencia de cadáver recién embalsamado, los ojos quietos enfilados hacia lo alto, el mentón oblicuo y duro, las manos entrecruzadas con los enormes clavos apuntando a unas sondas plásticas que colgaban de un tubo. Las espinas incrustadas en el borde de la frente asomaban como púa siniestras colocadas con rigurosa precisión. Los hombres se habían sentado a cada lado de la camilla y mientras cerraban la puerta lateral alcanzamos a divisar el chasquido luminoso de un fósforo *y* el rojo interminable de un cigarrillo aspirado entre las sombras.

Durante varios meses estuvimos solos. Mi padre partió dejando una escueta nota sobre la repisa de la cocina avisando su alejamiento. Ninguno de nosotros lloró, pero anduvimos silenciosos todo el tiempo. Sin propuesta alguna Laura se encargaba de que nada nos faltara y aunque no sabíamos de dónde provenía lo que necesitábamos nadie preguntó nunca por el alimento. La casa, paradójicamente, resultaba enorme. Deambulábamos por las piezas como aves solitarias, picoteando las paredes con los ojos, rastreando debajo de las camas, hurgando en las repisas de cada dormitorio. Jugábamos de memoria y sin acuerdos previos, pero repetíamos cada noche un simulacro de la realidad erigiendo monos de nieve en todos los rincones del patio en una secuencia de rara planificación que llevaba cada movimiento de un cuerpo a otro regulando una danza similar a la que tantas veces habíamos asistido. Durante el día recortábamos con tijeras diarios amarillentos formando figuritas de cabezas redondas tomadas de las manos. Recordábamos a Pablito colgándose en los vértices de las habitaciones y soplábamos con fuerza como



si quisiéramos emular el antiguo viento del Estrecho que llevaba cada invierno papeles y envoltorios de orilla a orilla. Al quinto mes Laura enfermó de ictericia, aunque supimos después de mucho tiempo el nombre de la enfermedad. Estábamos cenando al borde de la estufa, apretujados y tiritando de frío cuando Pablito la miró con insistencia, como si la estuviera desnudando.

-¿Qué pasa Pablito? -sonrió rutinaria mientras tocaba el caño de la chimenea con los dedos entreabiertos.

-Te estás poniendo amarilla- contestó Pablito.

La miré intrigado siguiendo los rayos de luz que apenas rozaban su barbilla confundiéndose con unas tonalidades cerosas que comenzaban a surgir a intermitencias por sus mejillas. Laura de nuevo sonrió, pero esta vez su gesto quedó en la insinuación. Se levantó y tomó el trizado espejo de la puerta. Un gritito ahogado murió en su garganta y se tomó la cara con las manos como si fuera a desmayarse. De inmediato sintió arcadas fulminantes y empezó a vomitar sin pausas por toda la cocina. Roció las paredes y los muebles de un líquido espeso y desconocido que pretendí asociar a aquellas viscosidades nauseabundas que bajaban lentamente por las canaletas del matadero hacia el mar. De nuevo vislumbré restos de animales y pelajes incompletos, pupilas autónomas que se iban desaprensivas. Laura tosía insistente apoyada en el marco de la puerta. Luego perdió el conocimiento y con Pablito la arrastramos por la escalera hasta nuestro dormitorio.

Hasta ese momento no me había percatado de la tendencia natural de la familia al sufrimiento y era sintomático que ello se tradujera en alteraciones físicas y afectivas. Porque cuando Laura derivó en este presente de vómitos y tonos amarillos estaba el precedente de su aborto sufrimiento contemplando las nubes en los cerros, y en esa abstracción del mundo real nada era más auténtico que desembocar en lentas lágrimas blancas cubriendo la ciudad. Si Pablito contaba por días enteros estaba huyendo de sí mismo, aunque no tuviera sino una mínima intuición del lugar al que sería transportado con sus números. Y ese afán de autodestruirse colocando figuras colgantes en el patio no parecían llevar otro destino que atravesarse el cuerpo y el alma por un dolor transmitido. A mi me costaba aceptar la imposición de hechos y lugares como algo lógico. Ser descubierto en medio de un bosque de cuento y fantasía por una mujer incompleta, trasladado hacia el centro de un barrio desamparado, donde en un cuartucho quejumbroso la misma mujer me traducía el principio y fin de mi existencia, se me antojaba aberrante. No podía concordar mi vida con las otras, no podía aceptar ser tomado como un monigote carente de sentidos y poder de decisión. Sin embargo, cuando elucubraba un plan de pronta salvación, al trazar pasos, sitios y personas a las cuales acceder, cuando derivaba mi atención hacia Cristo como la única y definitiva tabla de salvación, era violentamente arrebatao

de toda intención. Quedaba otra vez desnudo y vacío como si fuera un sonámbulo de mi propia inconsistencia, tirado, extendido y frío en medio de la nieve. Allí resultaba presa fácil para ser atrapado y destruido. Una lánguida sensación de miedo recorría mis pies, notaba un suave cosquilleo subiendo por mis pantorrillas y un penetrante dolor punzaba la boca del estómago. Como una brocha de pintura interior llegaba el desasosiego a mi garganta, los ojos se ponían vidriosos y veía el mundo como a través de un parabrisas empañado en que cada pestañeo limpiaba transitorio el paisaje observado. Luego, siempre, definitivamente, bajaba el dolor al corazón y se estacionaba golpeteando sin pausas, atento a cualquier ensimismamiento, proclive a captar toda sensación. A pesar de correr cada vez con menor insistencia hasta la iglesia algo profundamente incomprendido me insinuaba que allí radicaba la salvación. Lo percibí una vez, hacía tan pocos años, cuando Él bajó por las escaleras de mármol granate y pasó por mi lado suavemente para seguir como una nube tenue por Sarmiento. Sentí una alegría infinita llenarme el corazón, una paz naciente y repleta de esperanza que junto a Él unía un sufrimiento aceptado y tranquilo. Pero, había sido un chispazo, un transitorio chasquido de los dedos, tan fugaz como incompleto y hoy me pregunto si no fue otro de mis sueños en vigilia, de mi perpetua tendencia a soñar con ojos invisibles, a esa manera incomprensible de imaginar situaciones al borde del ensueño, en ese estado intermedio donde nada parece real y nada un sueño. A menudo divagaba dentro de mí y era capaz de vivir de fantasía. Soñaba el mundo que amaba y que intuía. Cerraba los ojos sin bajar los párpados y la vida fluía como un manantial efervescente que lanzaba efluvios en todas direcciones. Yo sabía que allí vivía. Dentro del ensueño podía percibir la magia de lo maravilloso y creaba

un puente indestructible entre la existencia humana y la eternidad, pero esa granítica relación del niño interno y de esa nada que era todo jamás pude revertirla a hechos concretos. Despertaba de algún modo y estaba de nuevo solo ante mí, mirando en la inversión de un espejo mi rostro desolado y esa apariencia interrogante que pendía sobre mi cabeza como un estigma escrito para siempre. Entonces lloraba, pero no en convulsiones esporádicas ni con ese llanto intermitente que acaba con el cuerpo desencajado. Lloraba con la lentitud, como si bajarán desde lo profundo de mis ojos todos los ojos dolidos de la tierra. Y entre ellos los ojos de mi madre, extraviados a veces, llenos de amor en fugaces ocasiones. Su mirada perdida y débil descubriendo la nada, su ansiedad de amor enfermizo, su desgarramiento incomprensible y esos manoteos inseguros y desesperados rasguñando el vacío. La mirada oscura de sus ojos asombrados la absorbía mi llanto como una incorporación sensitiva. Después era el mundo cotidiano en mi mirada, los ojos brillantes de Pablito, la mirada

absorta de Laura, el licuado resplandor de las pupilas de mi padre. Por ahí caía la existencia conocida, la que me rodeaba a cada rato, pero también se adherían cuerpos ignorados, sonrisas a medias, desequilibrios lejanos y remotos, niños destruidos; sobre todo, ojos de niños carcomidos desde el vientre, destinados a ningún sitio, prestos a sucumbir en cada pestañeo como una avalancha inútil de lo absurdo. Yo no lo sabía, pero no había intención en asumir todo dolor: él llegaba como un triunfo, como una marcha victoriosa que hacía sonar timbales y platillos.

*-He aquí que vengo y que me asomo,* le oía susurrar al interior de mi oreja cerrándose instantánea al sonido del mundo exterior. Las imágenes se iban sucediendo encadenadas y un solo remolino similar a un tornado descendente se introducía con esmerada sutileza en mi corazón. También ahí la injusticia cotidiana asumía una materialidad indefinida. La miseria escindida por cada costado cobraba una apariencia insoslayable que me atrapaba cuando yo empezaba a correr desesperado por dentro de mis lágrimas hasta ese sitio esplendorosamente verde que deseaba crear. Pero no era posible. Dios no estaba, al menos no estaba como yo quería: corpóreo, anatómico, lleno de sentidos, con una mano enorme que acariciara mi cabeza, sacudiera mis cabellos y sonriendo sin lástima me diera una nalgada y me echara andar por calles y caminos.

*-¿Dónde estás?* Me oía preguntar.

*-¿Por qué no vienes de una vez?* Repetía silencioso hasta quedarme dormido sobre una cama que alcanzaba a vislumbrar enorme y en la que parecía caer atrapado como el viejo reloj de arena del abuelo, atraído por un tiempo inmisericorde y desecho que sería recompuesto por el sueño. Allá, ahora dormido, avanzaba por un desierto extendido como una sábana,

plano, exento de toda curvatura, sin cielo ni horizonte. En ese sueño que venía a menudo yo avanzaba pequeñito; como una célula giratoria rodaba entre los granos de arena, confundido e impreciso, llevado por una brisa que atravesaba una conciencia apenas esbozada hasta que sentía agitarme internamente y percatarme de mis órganos y tejidos, y podía moverme dentro de una esfera transparente que de pronto se trizaba como un cristal blando para que yo saliera gateando y me instalara en medio de esa soledad. Allí era capaz de constatarme entero, lleno de manos y rodillas, con el pecho pegado a un mundo mío que se iba abriendo en cada manoteo, que se desliza en millones de partículas por mi cuerpo como si me bastara mí mismo en la infinidad de un círculo de arena. Antes de seguir creciendo, despertaba, de nuevo lanzando entre estas colchas amarillentas, impregnadas del olor ancestral de mis abuelos y que podía aprisionar sin premura en mis narices. Me levantaba con un peso de siglos doblándome la espalda, sintiéndome el anciano que venía conmigo desde antes y perduraba a menudo hasta un después.

Miro otra vez por la ventana: el gallo dormido en su cuerpo cristalino me sonríe con un dejo de amargura en sus ojillos verduzcos. Lo veo agitar sus alas multicolores y saltar hecho añicos los cristales bajo el cielo. En un vuelo tan lento como un parto deseado encoge sus patas hacia el vientre y sube, sube sin que los copos de nieve lo toquen hasta que se me antoja un minúsculo resplandor en el espacio confundiéndose en la distancia con una especie de estrella titilante que me gui a irónica su vida y recibe de pronto mi partida.